

UN VISTAZO A LA TELEVISIÓN

ROSA BELMONTE

ARTICULISTA Y EXPERTA EN TV

Cualquiera que se haya pasado la vida viendo la televisión, como el protagonista de *Sigue soñando*, tiene muchos conocimientos desde su más tierna infancia. Entre otros, que la capital de California es Sacramento (por *Con ocho basta*), que en ese estado hay una gran producción vinícola (por *Falcon Crest*), que la capital de Colorado es Denver (por *Dinastía*), que la de Florida es Tallahassee (por *Flamingo Road*), que Puerto Vallarta está en la costa mexicana del Pacífico (por *Vacaciones en el mar*) o que Walnut Grove se encuentra en Minnesota (por *La casa de la Pradera*). También éramos capaces de pequeños de recitar los emperadores romanos desde Augusto a Nerón (por *Yo Claudio*), las esposas de Enrique VIII o de cantar varias ciudades argentinas (por *Marco*). Y sabemos perfectamente cómo se pasa la jornada y qué se come el Día de Acción de Gracias en cualquier rincón estadounidense. Dónde nace, por dónde pasa y dónde desemboca el Ebro lo aprendíamos en el colegio, lo otro no. Bueno, las ciudades argentinas sí. Una vez, yendo a 4º o 5º de EGB, la profesora me pidió en clase que enumerara algunas. Yo empecé Buenos Aires, Córdoba, Bahía Blanca... Al acabar, la profesora me dijo que eso me lo sabía de ver *Marco*, no de estudiar. ¿Y qué más daría eso? Es verdad, y eso hay que recalcarlo, que con la salvedad de *Marco* y otras producciones de fuera del Imperio (la gran televisión británica, por ejemplo) quizá hemos aprendido sólo lo que pasaba en una parte del mundo, en la cabeza del mundo occidental. A este respecto es interesante lo que escribe Margarita Riviere en *El malentendido* cuando asegura que el verdadero poder de Estados Unidos no está en Washington sino en Hollywood. El verdadero poder estadounidense radica en la imagen y en la difusión de sus valores. Y difusores son tanto la pantalla grande como la pequeña.

Pero la televisión, aun siendo ese tremendo vehículo de socialización, siempre ha carecido de prestigio. Es la principal sospechosa sea el delito el que sea. Evidentemente, la retórica de la telefobia no es nueva. Ya Groucho Marx (en cuyo haber televisivo

“La televisión, aun siendo ese tremendo vehículo de socialización, siempre ha carecido de prestigio”

“Los intelectuales se pusieron a bramar por escrito contra la televisión”

“No vamos a negar que, en televisión, hemos visto lo peor y también lo mejor”





...“La televisión es muy educativa, cada vez que alguien la enciende, yo me voy al cuarto de al lado y me pongo a leer un libro”. Como si ver la tele y leer libros fueran actividades excluyentes, cuando son tan incompatibles como ver la tele y comer pan sin sal...

está el magnífico *You bet your life*, quiz show presentado por él en su primera versión) dijo aquello de “La televisión es muy educativa, cada vez que alguien la enciende, yo me voy al cuarto de al lado y me pongo a leer un libro”. Como si ver la tele y leer libros fueran actividades excluyentes, cuando son tan incompatibles como ver la tele y comer pan sin sal. Además, cualquiera sabe que hay mucha gente que jamás leerá un libro, vea la televisión o no la vea. Eso sin contar con que los libros, por sí mismos, no tienen por qué ser buenos. Pueden ser tan basura como la pintura o la televisión y tener los mismos efectos secundarios perversos que se atribuyen a las 625 líneas.

Lo cierto es que, de pronto, como si hubieran dado algún pistoletazo de salida (con un mando a distancia, claro), los intelectuales se pusieron a bramar por escrito contra la televisión. Se pasó de ignorarla a analizarla y

satanizarla con criterio científico. Así, Pierre Bourdieu en *Sobre la televisión* alertaba al público acerca de los peligros que provoca la competencia sin límites por los índices de audiencia y sobre que la televisión acabe siendo un instrumento de opresión simbólica. También avisa de la censura invisible que acepta todo el que sale en la pequeña pantalla y de la absoluta falta de tiempo para articular un discurso de verdad. Recuerda que la televisión en lugar de reflejar la realidad acaba convirtiéndose en creador de realidades. Y que a la vez que trata de acceder a grandes públicos tiende a banalizar los contenidos (papilla para todos). Asimismo, señala que la televisión adopta las formas (y el fondo) de los periódicos sensacionalistas, dando el mejor sitio a los sucesos y a los deportes. A eso habría que añadir el mundo del chisme, también propio de la prensa amarilla, aunque para eso tendría Pierre Bour-

dieu que haber echado un vistazo a la tele española (se hubiera vuelto a morir, claro, del susto).

Otro de los grandes pensadores que apuntaron y dispararon a la bicha fue Giovanni Sartori en *Homo Videns*. El italiano resalta la primacía de la imagen en el mundo actual (las palabras se han sustituido por imágenes) y la opinión teledirigida que la televisión provoca. Cree que el homo sapiens se ha convertido en homo videns y ha perdido la capacidad de abstracción y, consecuentemente, la capacidad para comunicar. Para él, la gente no cuestiona las imágenes que ve, no somos actores sino simples espectadores. Algo absolutamente obsoleto en la actualidad, cuando, gracias al imparable avance de internet, el aparato receptor se ha convertido en un medio interactivo. La pasividad hace tiempo que se acabó. También el filósofo austriaco Karl Popper (en un pequeño volumen gráficamente titulado *La televisión es mala maestra*) hace una denuncia romántica sobre el papel educativo de la televisión, la gran niñera a través de la cual se aprende la violencia. Para evitarlo propone una especie de censura, algo así como dar patentes o licencias a las empresas audiovisuales.

No les falta razón, otra cosa es compartir en su integridad esas tesis apocalípticas. No se puede ignorar que el gran invento del siglo XX ha cambiado la vida cultural para mejor, que hay quien no habría visto jamás una obra de Shakespeare o de Calderón (esos *Estudio 1*) o una ópera si no fuera por la televisión. No estaría de más recordar que en el siglo XVIII, siglo de revoluciones, también de la llamada revolución lectora, los moralistas inmovilistas se oponían a la generalización de la lectura. Para ellos, devorar el *Werther* de Goethe o *La nueva Eloísa de Rousseau*

era tan peligroso e inútil como para otros (hoy) ver la televisión. También hay que recordar a George Orwell, un nombre tan vinculado a la bicha gracias al padre de todos los *reality shows* (pese a que un porcentaje ínfimo de quien lo ve sepa que El Gran Hermano es un personaje de la novela 1984). Pues bien, el escritor inglés decía, sin pudor, que escuchar una sinfonía por la radio era basura para las clases bajas.

Y ningún pudor tuvieron dos de los *sabios* nombrados por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero para perfilar la RTVE del futuro, esos dos que aceptaron la tarea de elaborar el informe (Informe para la Reforma de los Medios de Comunicación de Titularidad del Estado) sin ni siquiera tener televisor en casa. El desprecio a la televisión desde las alturas intelectuales está tan arraigado que este disparate ontológico (y antológico) no debió de llamarles la atención.

DE LO MEJOR Y DE LO PEOR

Cuestiones abstractas al margen, no vamos a negar que en televisión hemos visto lo peor, pero también lo mejor. Hemos visto la llegada del hombre a la luna (si no fuimos engañados, como sostienen los cada vez más abundantes amantes de las teorías conspiratorias) y hemos visto agonizar a la niña Omayra después de la catástrofe del volcán Nevado del Ruiz. Centrándonos en España, la historia de la televisión nacional está indisolublemente ligada a la historia del país. Volviendo a la telefobia (esta vez, con razón) un repaso a la historia de la televisión es a veces un repaso a la historia de la infamia. Hay programas, verdaderas historias para no dormir, que podrían incluirse en el catálogo



La pequeña pantalla (que ahora no lo es tanto) ha alimentado a generaciones, como lo ha hecho el Cola Cao. Esas generaciones que han visto la tele mucho antes de la época dorada actual.

go mayor de la vergüenza, como recuerda Manuel Palacio en *Historia de la televisión en España*, documento imprescindible para no olvidarnos de lo que somos (de lo que hemos sido) capaces. Son lo que el autor llama los años de plomo. De los dos espacios que Palacio destaca, uno está en la memoria de todos, otro lo recuerdan cuatro gatos. Por un lado, tendríamos el especial *De tú a tú* (Antena 3) que Nieves Herrero hizo desde el pueblo de Alcasser el 28 de enero de 1993, un día después de descubrirse los cuerpos sin vida de las tres niñas desaparecidas. En el escenario, los allegados; en el patio de butacas, el pueblo. Y Nie-

ves Herrero, interesándose por el estado de los cadáveres y dando el micrófono a los familiares. Intervención de una: "Lo único que digo es que hagan con ellos lo mismo que ellos han hecho con nuestras niñas. Que los castiguen y se acabe eso de los derechos humanos". Las protestas contra el circo televisivo que Antena 3 había montado en el pueblo valenciano no se hicieron esperar. Sin embargo, nadie había protestado tres años antes (1-9-1990) por la emisión de un reportaje en *Informe Semanal* (TVE) sobre los asesinatos de Puerto Hurraco. En una asamblea de vecinos, podemos observar con un cuchillo al padre de dos de las nueve víctimas acribilladas a tiros por los hermanos Izquierdo. En otra parte del reportaje se ve el velatorio del cadáver de la niña Encarna Cabanillas. Primeros planos de dolor, de gritos de dolor, de los familiares. Y, por supuesto, más de una pasada por el rostro de la fallecida, a la que se ve tras el cristal del ataúd. Todo eso en el muy digno *Informe Semanal*. Soy el programa más digno del mundo, no te digo.

LAS SERIES

Pero dejémonos de rollos y vayamos a lo serio. A las series, quizá la mayor aportación del medio más allá de ser testigo de la historia. Y es que, por muchos detractores que tenga, la televisión, gracias a la ficción seriada, cuenta con legiones de teleadictos. Equivocados o no, pasivos o conscientes. La pequeña pantalla (que ahora no lo es tanto) ha alimentado a generaciones, como lo ha hecho el Cola Cao. Esas generaciones que han visto la tele mucho antes de la época dorada actual. En realidad, lo de época dorada o de oro es una denomina-

Hitchcock, figura tan importante para la historia del cine como para la de la televisión, dio el salto a la pequeña pantalla en 1955. La televisión carecía de prestigio y era considerada un entretenimiento menor, así que Lew Wasserman, presidente de MCA llamó a su amigo Hitchcock para dar lustre al infantil medio.

ción que se repite a lo largo de los años: la inicial fase de la televisión en directo era conocida como *Golden Age* y también se considera era dorada la de la primera (o segunda) ficción seriada, la de *Bonanza*, *Embrujada*, *La familia Addams*, *El prisionero*, *Star Trek*... El actual boom de series estadounidenses lleva a algunos a creer que sólo ahora se hacen buena ficción seriada, cosa que cualquiera con memoria sabe que no es cierto. Aunque sí hay que reconocer que desde esa época en la que se pasó de la *teater televisión* (en directo, como la radio, y desde Nueva York) a la televisión hollywoodiana (filmada, como el cine, y en Los Ángeles) el medio ha alcanzado una perfección fuera de toda duda (las mejores temporadas, los mejores episodios de *El ala oeste* o *Los Soprano* encuentran difícil comparación en el cine). Pero volvamos a los cuasi inicios. *I love Lucy* (1951), de Lucille Ball, se rodaba en el auditorio Desilu de la ciudad californiana. A la crítica le pareció muy mal que no fuera en directo, como hasta entonces se habían hecho estas comedias, y la CBS tuvo que defenderse de semejante delito alegando que así lo quiso el patrocinador. Era el comienzo de otra forma de hacer televisión.

ALFRED HITCHCOCK

Luego llegarían *Alfred Hitchcock Presents* (más tarde *The Alfred Hitchcock Hour*) o *The Twilight Zone*, de Rod Serling, que había sido uno de los máximos representantes de esa televisión en directo.

The Twilight Zone (1959) es un clásico que fue escuela de actores, guionistas y realizadores. También un modelo de cómo crear treinta minutos mágicos y dejar episodios inquietantes y memorables.

Por su parte, Hitchcock, figura tan importante para la historia del cine como para la de la televisión, dio el salto a la pequeña pantalla en 1955. La televisión carecía de prestigio y era considerada un entretenimiento menor, así que Lew Wasserman, presidente de MCA llamó a su amigo Hitchcock para dar lustre al infantil medio. La oferta era difícil de rechazar. Por un lado, el director británico iba a cobrar 129.000 dólares por episodio. Por otro, podría seguir con el cine. Y, por otro, Wasserman ofreció al director libertad absoluta, una libertad que se manifestó en la confesada querencia por los asesinos. Si en *Sospecha* (1941) no pudo lograr que Cary Grant fuera un envenenador, aquí podría haberlo hecho (quizá no con Cary Grant, desde luego). Alfred Hitchcock presentaba las piezas, aunque sólo dirigió o escribió 18 de los 353 episodios. Pero todo estaba impregnado de su espíritu (suspense con humor, giro final con sorpresa). Y como prueba de la importancia de la serie ahí sigue en el imaginario popular la sintonía, *la Marcha fúnebre de una marioneta* de Gounod (que antes se había oído en *Amanecer*, de Mumau).

Me parece importante citar a Hitchcock como baluarte de esa primera televisión ahora que tanto se habla de que las series son la

nueva meca creativa y que han superado al cine (alguien se ha caído de un guindo, me temo). Habría que recordar la gestación de *Psicosis*, financiada por el director a través de Shamley Productions, su compañía de televisión, y rodada, como recuerda José Luis Castro de Paz en *El surgimiento del telefilme*, con la rapidez, el equipo técnico y los escasos medios de *Alfred Hitchcock Presents*. Sin olvidar la fotografía en blanco y negro o la música del gran Bernard Herrmann, que había participado en la serie. Se trataba (giro final incluido) de algo así como un episodio alargado de la serie de televisión.

Antes de llegar al estado actual de las series, al magnífico estado de salud actual de las series, convendría recordar otras que han hecho historia. Nos hemos perdido muchas (cosa que ya no pasa con las redes P2P de internet, que ponen en la red inmediatamente los episodios de cualquier capítulo de cualquier serie emitida en la televisión estadounidense) pero sí hemos visto las más representativas. Sin pretender una relación exhaustiva, ni siquiera ordenada, hemos tenido la suerte de disfrutar miniseries históricas como *Yo Claudio*, *Retorno a Brideshead*, *La joya de la corona*, *Berlín Alexanderplatz* o *Norte y Sur*. Series como *El prisionero*, *Canción triste de Hill Street*, *La ley de Los Ángeles*, *Twin Peaks*, *Arriba y Abajo*, *Luz de luna*, *Doctor en Alaska*, *Urgencias*, *Picket Fences*, *El detective cantante*, *Principal sospechoso* y tantas otras. Como *Sigue soñando*, la del tipo que se había pasado su infancia viendo la televisión, incluso viendo asesinatos, aunque fueran los de *Alfred Hitchcock Presents*. Como dijo el propio Hitch, "La televisión ha vuelto a traer el asesinato a los hogares, que es el sitio al que siempre perteneció".■